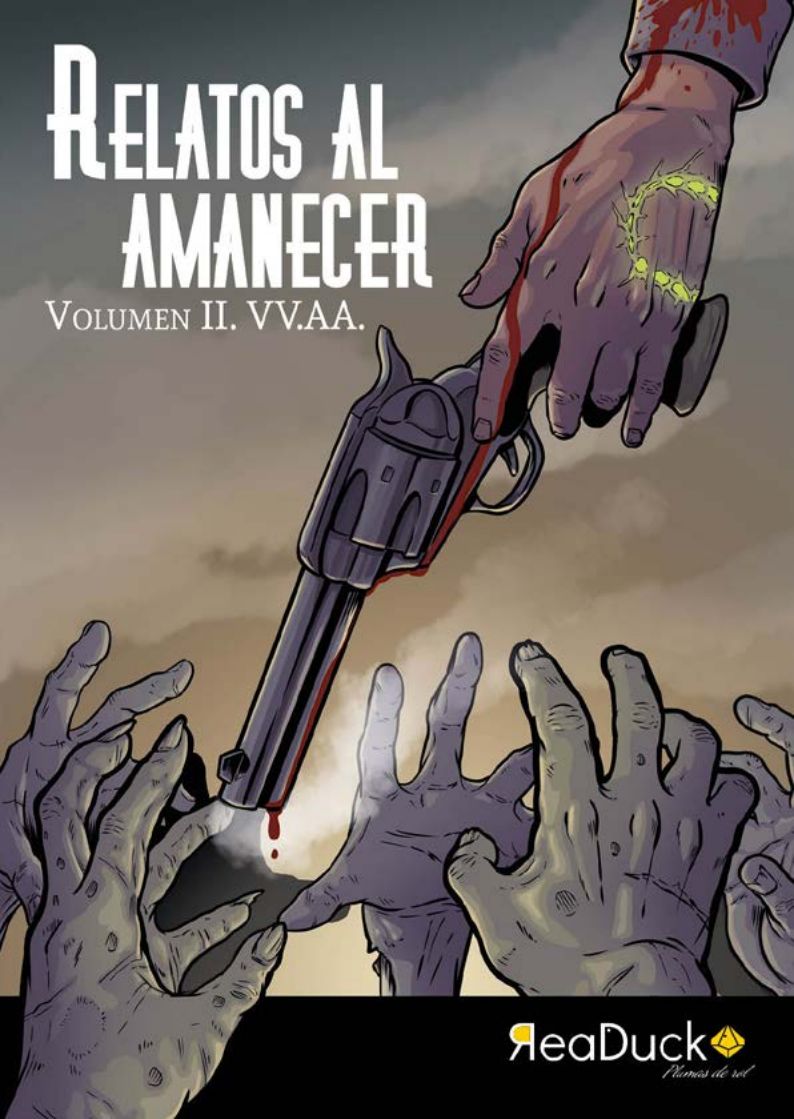


RELATOS AL AMANECER

VOLUMEN II. VV.AA.



**RELATOS
AL AMANECER**

VOLUMEN II

Colección Readuck Plumas de Rol

**RELATOS
AL AMANECER**

VOLUMEN II

VV. AA.

Readuck®

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos sin el permiso y por escrito del Editor y del Autor.

Portada y maquetación: **José Antonio González**

Corrección: **Marina Montes**

Mapas: **Iñaki Raya**

©**Daniel Hidalgo «Verzobias», Sandy Calderón, Carlos G. Gurpegui y Ana de Haro.**

Director de colección: **Alejandro Travé**

Título: **Relatos al Amanecer, VOL. II**

Febrero de 2022. Primera Edición

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Podiprint

©ReaDuck Ediciones

41020-Sevilla

E-mail: ediciones@readuck.es

www.readuck.es

ISBN: 978-84-18406-48-5

ISBN (PDF): 978-84-18406-49-2

Depósito Legal: SE-100-2022

Índice

Relatos transmedia 9

La balada de Arizona Jackson 11

Daniel Hidalgo «Verzobias»

Luz de guía..... 43

Sandy Calderón

Un nuevo hogar 71

Carlos G. Gurpegui

En la telaraña..... 111

Ana de Haro

Relatos transmedia

Este segundo volumen, que continúa la estela dejada por su predecesor, contiene cuatro relatos que ahondan de nuevo en la ambientación del juego de rol *Amanecer Muerto*. Estas historias que aquí se cuentan han sido escritas con mucha ilusión por sus autores y autoras, sumando su particular visión a ese terrorífico Oeste americano que crease El Cuartito de los Roles.

Al igual que el anterior libro, *Relatos al amanecer* es una obra transmediática en la que sus relatos no pueden separarse de la raíz fundacional. Por ello cada historia viene acompañada de semillas de aventuras para continuar disfrutando de ellas incluso una vez leídas. Tanto los mapas que aparecen al final de cada relato como algunos de sus personajes y criaturas, estarán disponibles en nuestra página web para que podáis usarlos en vuestras partidas.

Bienvenidos de nuevo a esta oscura Frontera.

La balada de Arizona Jackson

Daniel Hidalgo «Verzobias»

Solo había unos breves momentos durante el día en los que la muerte y la sangre no estaban en los pensamientos de Arizona Jackson. Este era uno de ellos.

Cuando amanecía y el sol apenas comenzaba a insinuarse en el horizonte. Cuando teñía de oro, ocre y tierra las largas nubes. Cuando todo era luz dorada, y no se podía distinguir dónde terminaba el suelo y dónde comenzaba el cielo. Esos breves minutos mientras el sol cruzaba el horizonte del desierto, inundando todo de una luz especial, que te hacía dudar de tu agnosticismo y creer que semejante espectáculo era obra de algún maestro de ceremonias omnipotente.

Solo en estos momentos se permitía Arizona no pensar en la muerte que rodeaba a todo y a todos.

Aún permanecían unos breves rescoldos de la hoguera de anoche, que procedió a avivar batiendo su sombrero hasta que las mortecinas ascuas adquirieron un tono rojizo intenso, acompañadas de unas tímidas llamas. Echó agua de la cantimplora en la vieja cafetera de loza, descascarillada y llena de pequeños golpes por doquier, pero aún resistente. No recorda-

ba ningún momento en el que no hubiese tenido esa pequeña cafetera. Como si fuese algo que estuviese destinado a durar eternamente, que siempre había estado en su vida. Del zurrón sacó un paquete cuidadosamente cerrado y vertió parte del café molido dentro de la baqueteada cafetera.

Mientras esperaba a que se calentase el agua, recogió la improvisada cama y comenzó a enjaezar a su yegua, que mordisqueaba distraída unos pequeños brotes verdes que crecían entre los espinos raquíuticos que poblaban esta zona de la llanura, por lo demás bastante seca si no contábamos la hierba rala.

Terminaba de ajustar la silla y su vista quedó fija en el paisaje. El sol ya había salido del todo, apenas por encima de la línea del horizonte, pero la luz ya reflejaba unas pequeñas columnas de polvo a lo lejos. Según aguzaba la vista descubría más y más columnas de polvo. Ya se estaban desenterrando. Era hora de ponerse en marcha.

Mientras sorbía el café lentamente, sin dejar de mirar la polvareda, pateó tierra sobre la hoguera, para sofocarla. El bulto que tenía sobre las parihuelas se agitó. Apuró un enorme y último trago de café y tiró el resto sobre lo que quedaba de la hoguera, provocando un siseo y una pequeña nube de humo. El bulto se agitó aún más bajo la raída manta que cubría la camilla. Comprobó que los dos travesaños estaban bien sujetos sobre el lomo de la yegua y acto seguido destapó el bulto.

El hombre amordazado y atado dio un respingo, sorprendido por la luz del sol en sus ojos. En su reseca cara, por encima de la mordaza, se asomaban unos ojos saltones, enrojecidos y abiertos más por el miedo y el desconcierto que por la sorpresa. Una costura de sangre seca coronaba su sien derecha y su pelo ralo se pegaba a su frente por el sudor y la suciedad. Cuando pareció darse cuenta de su entorno, sus ojos se volvieron hacia Arizona, con una mirada de miedo y odio.

Arizona le devolvió una mirada retadora. Se inclinó sobre el tipo y examinó la pernera desgarrada del tobillo al muslo. Una delgada y sucia pierna como una rama raquítica, mostraba un reguero de sangre seca. La herida había cerrado durante la noche. Aunque el tipo parecía bastante consumido y pálido, seguro que resistiría hasta llegar a Purgatory. Sacó su cuchillo de caza y le practicó un corte limpio por encima de la herida recién cicatrizada del muslo. «Por encima del coágulo», pensó Arizona. La sangre empezó a brotar débilmente mientras el tipo gritaba bajo su mordaza, y esta comenzó a fluir como un huidizo reguero a través de la parihuela hasta llegar al suelo.

Cuando la tierra comenzó a beberse las primeras gotas de sangre, Arizona montó en la yegua y le ordenó avanzar. Perezosa inicialmente, el animal comenzó a moverse, con paso lento pero constante.

Pasaban las horas y todo era quietud. Aun cuando los podridos no deambulaban por los territorios, las llanuras eran un lugar solitario y poco frecuentado. Un jinete o diligencia podía viajar días y días sin cruzarse con ningún alma. Los viajes por la semidesértica llanura solo se veían interrumpidos por algún coyote solitario, alguna pequeña liebre, o por el vuelo de algún ave, siempre demasiado lejana para distinguirla. La monotonía y uniformidad del paisaje era cortado por el solitario jinete y los pequeños surcos paralelos que dejaban los mástiles de la parihuela. Por detrás, a distancia, una cada vez más gruesa nube de polvo seguía el rastro que este iba dejando. Cuando el viento de la pradera soplaba suavemente, la nube de polvo se dispersaba un poco y dejaba entrever docenas y docenas de figuras tambaleantes que los seguían con un andar arrítmico, torpe, inquietante, continuo y perseverante, como el polvo que se asienta sobre las rocas durante años y años.

Unos cuervos, que volaban curiosos a investigar si la nube de polvo era el anuncio de alguna comida furtiva —en la llanura casi siempre son el preludeo de algún festín, bien en forma de restos, bien en forma de muertos—, cambiaron su vuelo al ver un destello. Los cuervos giraron lentamente —no es cuestión de cansarse en mitad de este lugar— y volaron hacia el fulgor, hasta que vislumbraron la figura de la yegua, el jinete y

el extraño artefacto del que tiraba la montura. El roce del artilugio con la tierra era lo que levantaba la polvareda, ya que el andar pausado y cansino del animal apenas si alteraba lo suficiente el terreno como para levantar polvo más allá de sus pisadas. Pero conforme se acercaban hacia el jinete, la pareja de cuervos, con un graznido cómplice, esbozó una sonrisa en sus picos. Sangre. El olor a sangre, el olor a muerte próxima, la promesa de un cuerpo fresco.

Un graznido sacó a Arizona de su aletargada vigilancia. Llevaba un rato mirando por el catalejo —recuperado del cuerpo de un podrido con uniforme de sargento del Séptimo de Caballería— a la nube que tenía detrás. Unos arbustos resecos y apretados —ahora pisoteados por la multitud de figuras que seguían su rastro— le sirvieron de referencia para calcular que hoy al menos no llegarían a su altura. Siempre que no parase durante todas las horas de sol. Sin parar hasta la noche sus perseguidores se quedarían muy cerca. Quizá justo después del amanecer sí llegarían a su altura. La yegua estaba bastante fatigada, casi al límite de sus fuerzas tras una semana entera andando sin parar de sol a sol.

Cuando la sombra del animal estaba bajo sus cascos, Arizona cogió un pellejo de piel de cabra. No quedaba mucha agua. Se quitó el sombrero y notó el calor abrasador del mediodía sobre su pelo. Con el sombrero vuelto, vertió parte del agua del pellejo y se inclinó so-